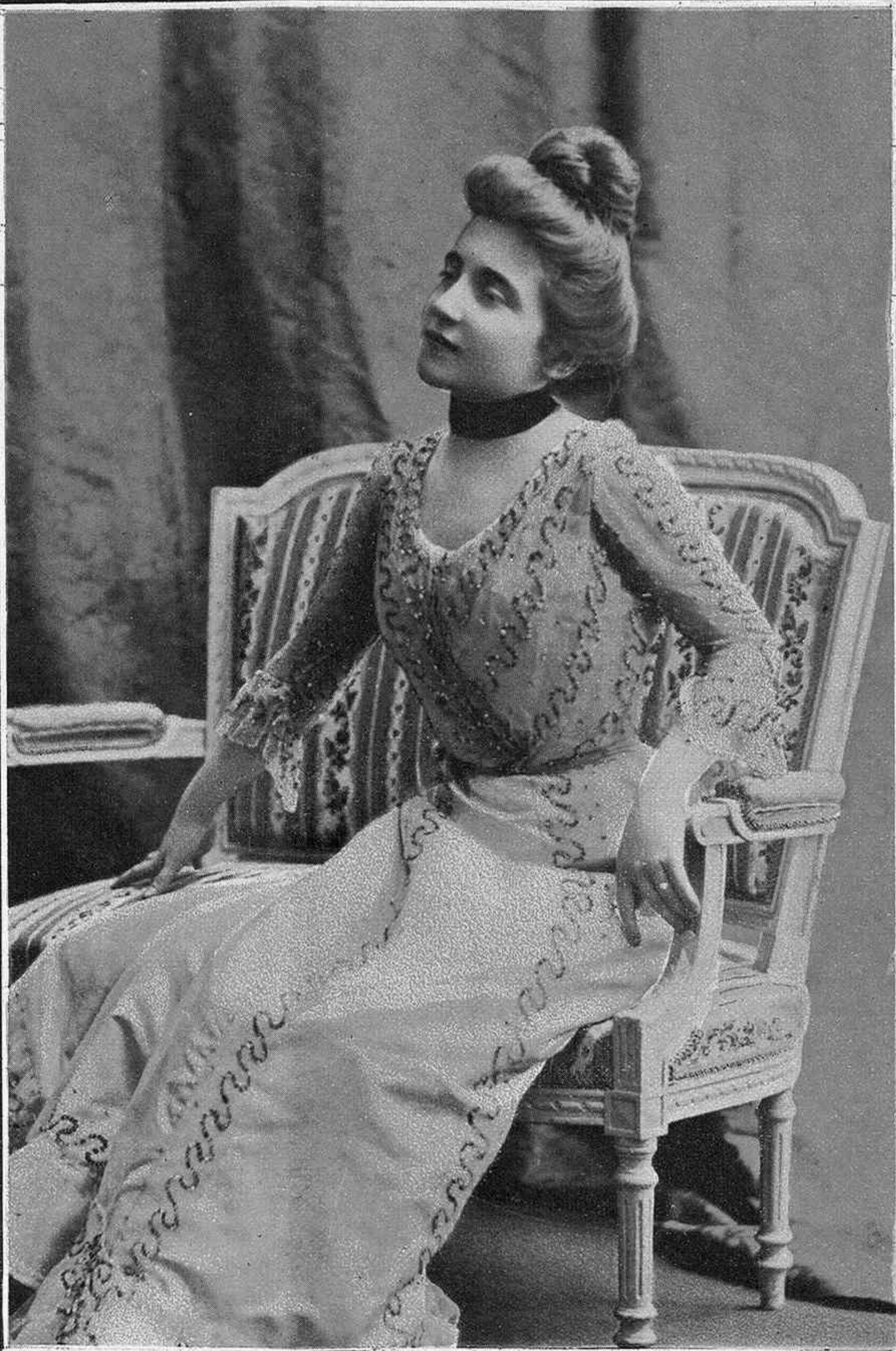


PLUMA Y LAPIZ



CAMPS.

NÚM. 78



SONETOS

BLASÓN

Tú surgiste en un block, por los cinceles
de un genio apocalíptico esculpida,
y él te ha dado color y luz y vida,
como á su blanca Venus, Praxiteles.

Yo, en búcaro de nardos y claveles
te regalo mi cítara dormida;
para que en ti despierte, estremecida,
con su lluvia de pálidos rondeles.

Si Euro, el Señor del oropel, te lauda
cuando en el parque, como un astro, luces
tu cabellera de pomposa cauda:

Ya que así en tu lauticia me seduces,
quiero volcar mi fantasía rauda
en tu florón de encantos andaluces.



Orla de R. Costa.¿

FLOR DE OTOÑO

Ven a escuchar mi cántiga oportuna
bajo el palio triunfal de la glorieta,
donde está deshojando tu poeta
sus blancas ilusiones, una á una.

Siento un hondo vahído que se aduna
con la agonía de la tarde quieta:
ya baja el leñador de la meseta
y se dibuja el peplo, de la luna.

¡Qué bello, junto al lago adormecido,
lejos del cieno y de la humana lidia,
besar tus labios rojos, mi sultana!

Mientras tornan las aves á su nido
y los cisnes contemplan con envidia
tu elegante perfil de americana!

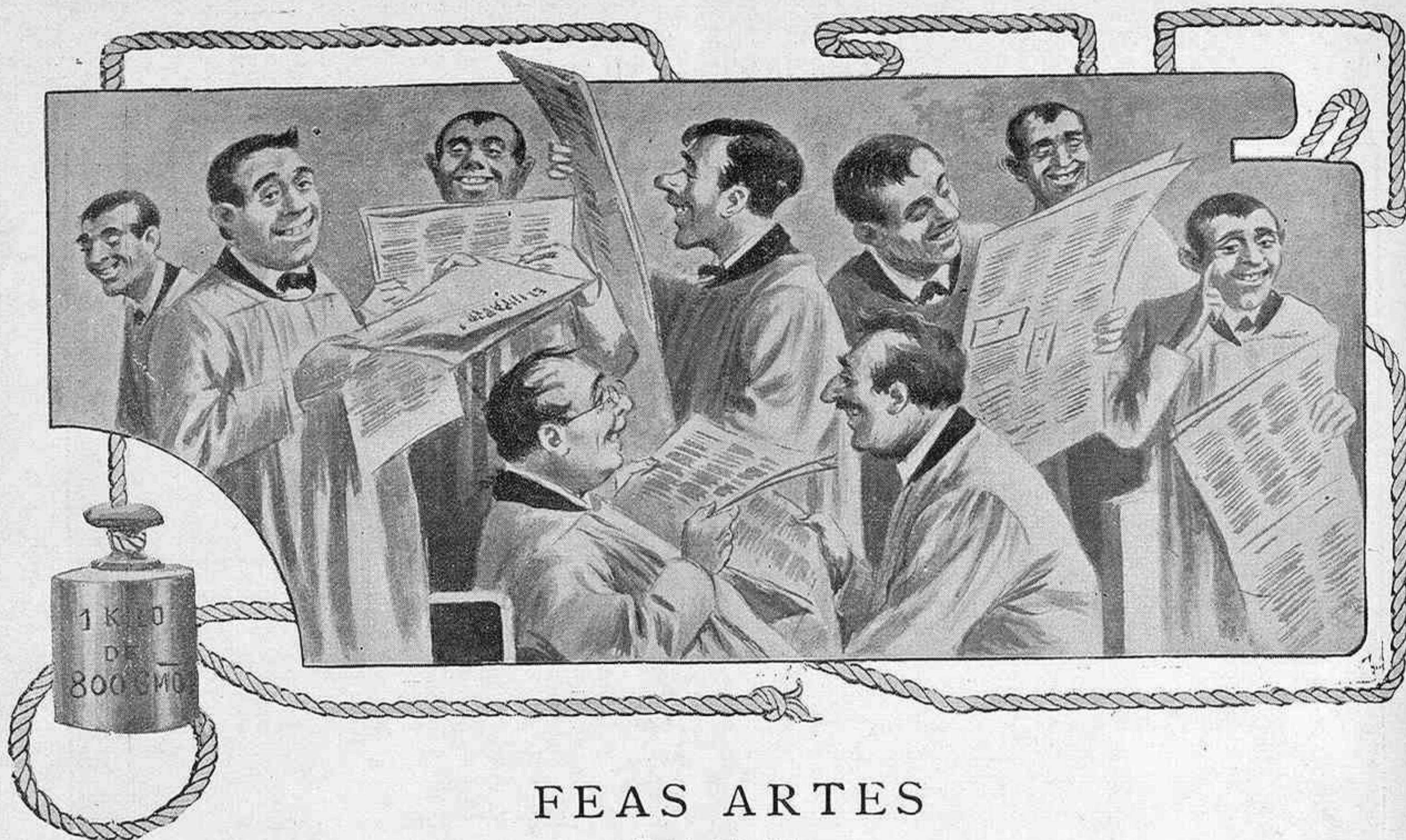
José LÓPEZ DE MATURANA

Buenos Aires.



FLORES ANIMADAS.





FEAS ARTES

FINAL DEL FIN

ARTISTAS FEOS INTERMEDIOS Y CASI DIRECTOS

CUÁNTOS serán los del gremio de ultramarinos y colmados que en las ciudades populosas no envuelvan los géneros que venden en papel de mucho cuerpo, para que merme el de la mercancía, y no metan, con el mismo fin, el dedo gordo en la balanza en que colocan aquélla, para que caiga antes? ¡A ver! Que lo alce (el dedo gordo) quien no se crea culpable de este leve delito.

¿No lo alza nadie? No. Sigamos.

Cuéntase que — ya hace de esto bastantes años, lo que indica que es rancia la costumbre — un caballero compró en una tienda de Madrid una libra de azúcar de pilón. Repesólo en su casa y... ¡faltaba una onza de azúcar! El comprador, que era hombre severo y despreciaba profundamente á cuantos hurtan menudencias — él había sido concejal y se había acreditado en el oficio — se dió, primero, á todos, ó á casi todos los diablos. Después publicó la siguiente noticia en los periódicos:

«D... que habita... etc., compró ayer en una tienda una libra de azúcar. Faltaba una onza. Avisaselo al vendedor para que inmediatamente le remita una libra completa. De lo contrario en todos los periódicos aparecerán mañana su nombre y señas.»

Al día siguiente recibió cuarenta paquetes, conteniendo cada uno de ellos una libra de azúcar de pilón.

En su barrio existían cincuenta tiendas.

—¿Pues y los otros diez tenderos? —preguntarán ustedes.

Esos diez sonrieron al leer la noticia y dijeron:

—No compró en nuestra casa; estemos tranquilos. Nosotros sisamos dos onzas por libra.

De todas las ciudades del globo en la de Barcelona es, indudablemente, donde á más alto grado ha llegado la sofisticación. Las carnes no lo parecen; el vino no lo es; los vegetales son insaboros... y todo por ese orden.

Como compensación, se da el peso bastante mermaidito, y todo es horriblemente caro.

En cierto mercado (me guardaré de nombrarlo) se entretuvo una señora en comprar, durante varios días, un kilo de carne, cada vez en distinto puesto.

En uno la dieron cien gramos de menos; en otro ochenta; en otro sesenta; en el que mejor fué servida, veinte. Con el corazón acongojado tuvo resignación para volver á recorrer los puestos y propuso en todos que le dieran el peso completo, aunque ella por su parte hubiese de aumentar el precio de la carne. Dió cinco, diez, quince, veinte céntimos más de lo que aquélla valía... Ni por esas; jamás logró obtener el kilo exacto.

Por fin, derramando lágrimas, se decidió á *interviewear* al carnicero que pesaba menos mal.

—Hombre — le dijo — acabemos de una vez; cobre usted lo que quiera, pero concédame la inmensa satisfacción de que el día que fenezca pueda afirmar que, siquiera una vez en mi vida, he logrado obtener la cantidad de carne que pago.

—¡Ay, señora! — contestó el vendedor, exhalando hondísimo suspiro. — Pídame usted el sacrificio mayor del mundo; que me arroje desde un terrado, que me meta fraile... lo que quiera; todo menos eso. Porque eso... sería mi descrédito.

¿Quién será capaz de hablar de esos honradísimos

comerciantes que critican á cada paso el modo de ser de los españoles, los fraudes de que cada día se tiene noticia, las inmoralidades de nuestros gobernantes? Ellos, personas severas, se indignan. Si fueran hombres de Estado algún día, que no lo serán, ya arreglarían eso. Lo que no pueden arreglar por lo pronto, es que por lo que vale diez se pida veinte, y luego quince, cuando sus clientes regatean, para acabar por darlo en doce, siempre *perdiendo*, pero aumentando su capital honestamente.

¿Cómo negar que todas las personas citadas en estos finales, y otras muchas, no intervienen directamente, aunque sin peligro, en las FEAS ARTES?

¡Oh, qué penetración la de los antiguos, que de Mercurio hicieron el dios tutelar de los oradores, de los comerciantes y de... los *artistas feos*! ¡Lo que sabían los hombres de la antigüedad!

Los elevados, los de enmedio, los humildes... ¡cuántos, cuántos son los *artistas feos*!

Si los de arriba dejaran de cultivar las ARTES FEAS, ¿seguirían su ejemplo los de enmedio y los de abajo?

¿Quién sabe si entonces hasta se podrían depositar en Correos pliegos con valores, en la certeza de que llegarán á poder de los destinatarios, y mercancías en los ferrocarriles que fueran á su destino? Hay que creer á veces en lo sobrenatural. Esto consuela.

¿Y cuando el tal caso llegara, no cejarían en sus obras los *artistas feos directos* y llegarían á moralizarse?

Porque las FEAS ARTES *directas é indirectas* están íntimamente encadenadas.

Inaugurárase una nueva Era de moralidad, fomentada por los que gobiernan y manejan á su antojo nuestra patria, y poco á poco quizás viéramos que los siguientes eslabones de la cadena, que puede ser que comience en ellos y acabe en el último golfo, iba siendo de día en día de más fino metal, hasta que la tal cadena resultase del oro más puro.

Quítense la venda que los ciega esos millares de seres inútiles y hasta perjudiciales á la sociedad, esos señoritos chulos y valientes, que no resultan ni valientes, ni chulos, ni señoritos; ellos son los que más animación dan á las FEAS ARTES, alternando primero con toreros, matones, meretrices y celestinas, para seguir después con *pinchos*, *croupieres*, chulapos héroes de taberna, *timadores* y granujas de todas las especies.

Los tales señoritos comienzan por admirar y enaltecer el *valor* de la gente de pelo en pecho y acaban por *jalear* á todos los otros. Y si esto hacen las personas educadas, ¿qué esperar de las que no lo están?

Y restablézcase la pena de azotes para esos cándidos que sólo lo son á medias, esos que, pretendiendo ser victimarios, hacen el papel de víctimas; los que, como los que hemos hecho intervenir en los timos de los *perdigones*, la *bolita*, la *guitarra* y otros, cegados por su ambición, pretenden en un momento ganar mucho exponiendo poco, pues esos, además de ser tan *artistas feos* como los que les proponen el *negocio*, son simples de marca mayor.

Con lo dicho y... algo más, llegarían á perderse poco á poco las FEAS ARTES.

¿Para qué hablar de falsificadores de piedras preciosas, de billetes de Banco, de monedas de oro, plata y cobre, de los expendedores de todo esto; de encubridores y cómplices de todo género de raterías; de casas de dormir, de disipación, de juego, de las de quienes albergan á los *artistas feos*, y de los miles de procedimientos de que éstos se valen para desplumar al prójimo? Baste con los *procedimientos* expuestos para ponerle sobre aviso.

De lo contrario sería cosa de no acabar nunca.

Y es necesario que termine, y termina aquí, esta sección de FEAS ARTES.

JULIO VÍCTOR TOMEY



¡IMPOSIBLE!...

HACÍA que Julio Solares y yo, no nos veíamos una porción de tiempo. Nos encontramos la otra tarde en la Carrera de San Jerónimo, y después de saludarnos afectuosamente y darnos un paseo por la citada calle, me dijo:

—¿Tienes qué hacer?

Y como yo le contestara negativamente, añadió:

—Entonces, esta noche comes conmigo. Procuré rehusar el convite, pero no fué posible, porque Julio se puso tan pesado, que me pareció feo desairarle.

Para pasar el rato hasta la hora de comer, entramos en una cervecería, pedimos un vermut, encendimos un cigarrillo y, charlando tranquilamente, cuando en nuestra conversación habíamos tratado infinidad de asuntos sin importancia, le pregunté:

—Hombre, ¿y Martínez? ¿qué ha sido de Martínez?



Julio arrugó el entrecejo, dió al pitillo una chupada que le hizo aumentar la ceniza en medio dedo, y después de despedir con fuerza una enorme bocanada de humo, dijo despreciativamente:

—Creo que sigue igual.

—Pues, ¿qué tiene?

—¡Ah! ¿pero, no sabes?...

—No.

—Creía que lo sabías; aunque nada me extraña que lo ignores, porque como ni á él ni á mí nos conviene que se sepa,

hemos hecho la cosa con toda clase de precauciones para que no pase á ser del dominio público.

—Pero, ¿qué es ello?...

—Ten calma, hombre, ten calma. Tú sabes que Martínez ha presumido siempre de llevarse á las mujeres por guapo.

—Sí: tiene el defecto de ser muy vanidoso.

—Pues, verás: empezó á hacer el amor á Laura; aquella pensionista rubia que solía ir á cenar á Levante. Como por otros asuntos, entre Martínez y yo, hay cierto antagonismo, y yo sé que él no tiene dos pesetas, le deshice todas sus combinaciones, poniendo á Laura un piso amueblado en la calle de Valencia, y...

—Claro, y Martínez se quedó á la luna de la calle.

—Esto, naturalmente, dió origen á bromas en la tertulia del café; cuyas bromas tuvieron por remate un duelo entre Martínez y yo, del que él ha resultado con una herida de pronóstico grave en el antebrazo derecho.

—Pues, chico, no sabía una palabra. Siento el percance, y celebro que entre los dos hayas sido tú el favorecido por la suerte.

—Gracias.

Salimos de la cervecería y, comentando el suceso, llegamos á casa de Julio.

Subimos, entramos en la sala que estaba admirablemente puesta, porque Julio vive con un lujo fastuoso; me presentó á su señora, y, después de los saludos y cumplimientos que la buena sociedad exige, pasamos al comedor.

Nos sirvieron el primer plato, y mi amigo, al notar la inapetencia de su mujer, la preguntó no sé si por cariño ó por cumplimento:

—¿Qué te sucede que tienes tan poca gana?

—Que esta tarde he presenciado una escena que me ha impresionado mucho. Estaba yo en el balcón, cuando de la taberna de enfrente salieron regañando dos hombres jóvenes, trabajadores á juzgar por sus trajes, y el uno al otro le ha dado una puñalada en el pecho. ¡Jesús: les digo á ustedes que he pasado un rato!...

—¿Y por qué ha sido?—pregunté yo.

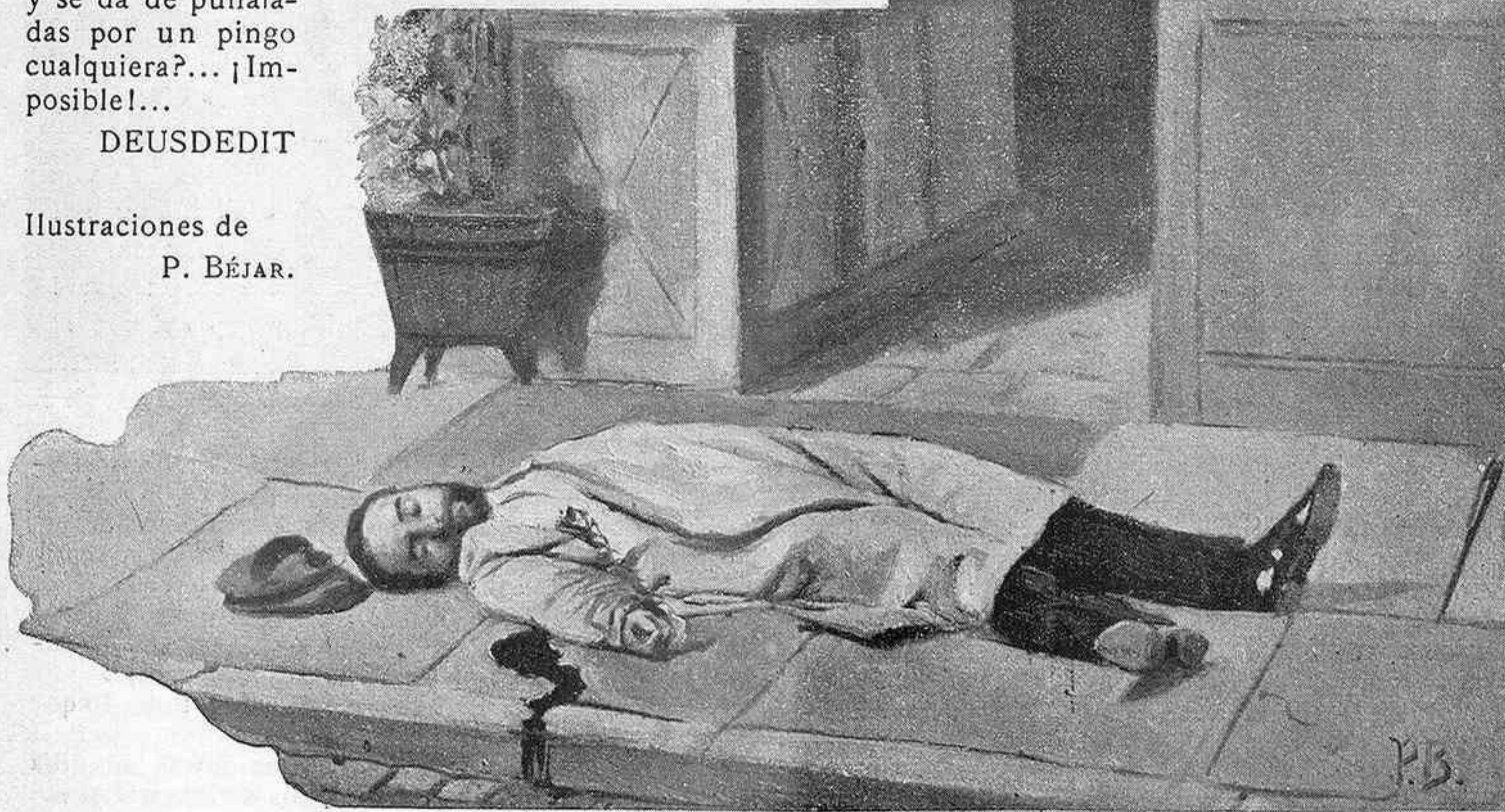
—Por la novia, señorito—respondió el criado, acercándome una fuente de truchas escabechadas para que me sirviese.

Y mientras por mi imaginación cruzaba el desafío de Martínez y Julio, éste dijo de un modo que, al oírle, cualquiera le hubiese tomado por un modelo de buenas costumbres.

—¡Luego hablamos de regeneración!... ¿Cómo ha de regenerarse un país en donde el obrero se mete en la taberna y, en cuanto se toma dos copas y se le sube el alcohol al cerebro, tira de navaja y se da de puñaladas por un pingo cualquiera?... ¡Imposible!...

DEUSDEDIT

Ilustraciones de
P. BÉJAR.



CABELLOS BLANCOS

No los arranques, no los ultrajes,
pálidas flores de invierno son;
acaso, acaso les prestan savia
latidos últimos del corazón.
Para las tumbas, joven, respeto;
para las canas, veneración,
que toda cana flor es que brota
sobre el sepulcro de una ilusión

POBREZA EVANGÉLICA

Bajo dosel de rojo terciopelo,
veíase al obispo. Alzó la diestra
y bendijo á los fieles. Deslumbrado
del pastoral anillo á los reflejos
mis ojos se tornaron; y allí, en frente
de tanto lujo y pedrería tanta,
pobre, humilde, desnudo, ensangrentado,
enclavado en la cruz estaba Cristo.

RICARDO PALMA

Lima.



PELOTILLAS

Se non è vero, è ben trovato.

DESPUÉS de tomar café, apuradas las copas y encendidos los vegueros, nos hallábamnos varios amigos refiriendo cuentos y sucesos á cual más extraordinarios.

—Si me creyérais, —dijo Antonio, — os narraría uno capaz de dar quince y falta á cuantos acabo de escuchar.

—Cuéntalo, cuéntalo.

—No vais á creerme.

—¿Eso qué importa? Con tal que tu narración nos entretenga...

—Es que salgo yo garante de la verdad de cuanto oigáis.

Todos nos dispusimos á escuchar, mientras Antonio, poeta y novelador de probada imaginación y reconocido ingenio, hablaba de esta suerte:

—Hará quince ó diez y seis años, contando apenas veinticinco, disfrutaba yo el haber de mi primera credencial en un pueblo de Aragón. En nuestro país, no lo ignocráis, la recompensa del poeta suele ser la limosna de un empleo...

—Sigue, sigue.

—Existía en el pueblo un café bastante lujoso, al cual concurrían por las noches los vecinos más alegres y menos necesitados. Sin saberse de donde procedía, ni de qué se alimentaba, concurría allí también cierto individuo de alguna más edad que yo, al que por la redondez de sus mejillas, resaltando sobre el aplastamiento de la frente y la nariz, llamaban todos *Pelotillas*. Venía á ser el tal una especie de bufón ó hazmerreir del café y sus concurrentes. En lugar de sentarse, como hacíamos los demás, junto al velador en torno del cual se reunían los amigos, y pasar allí la velada en conversación no siempre edificante, iba él de mesa en mesa, como de flor en flor vuela el insecto, charlando y gesticulando con los parroquianos, profiriendo á trueque de un terrón de azúcar, de una copa de coñac ó de una moneda de diez céntimos, dicharachos y chocarrerías que con estrepitosas risotadas celebraban aquellos aturridos. Envanecido entonces de su triunfo, solía, Pelotillas, terminar con estas palabras, pronunciadas con triste gravedad que no dejaba de excitar cierto interés:

—Si yo pudiera ir á Madrid, tendría hecha mi fortuna.

Una noche en que, por haber comido temprano, concurrí al café antes de la hora acostumbrada, hube de hallarme solo junto al velador en torno del cual me sentaba de ordinario. Verme Pelotillas y acudir, todo fué uno. Mas como principiase á enjaretar sus chabancanas ocurrencias, movido á compasión, le dije:

—No derroches el ingenio, siéntate y toma lo que apetezcas; te convido.

Obedeció, no sin extrañeza, y, mientras engullía una tortilla con jamón que acababa de servirle el camarero, se puso á murmurar, con la triste gravedad de siempre, la consabida muletilla:

—¡Ah! Si yo pudiera ir á Madrid...

Me admiró tanta insistencia y hube de preguntarle:

—¿A qué quieres ir á la Corte? ¿A hacer fortuna? ¿Posees algún secreto, alguna habilidad?...

—Sí.

—¿Por qué no la exhibes en el pueblo?

Sonrióse amargamente y respondió:

—Sería echar margaritas á puercos.

—Muchas gracias.

—Quiero decir que aquí no hay ocasión, ni público ni dinero.

—¿Quieres al menos revelarme tu secreto?

—Sí, señor, en Madrid.

Vivamente excitada mi curiosidad, comencé á devanarme los sesos, no atinando qué mérito pudiese ocultar un hombre que ni física ni moralmente sobresalía en lo más mínimo. La vida monótona y chismográfica del pueblo me iba ya cansando, y como quiera que,

sin tirar de la oreja á Jorge, á lo que jamás fué aficionado, no había modo de derrochar el sueldo, tenía algunos ahorrillos. Recapitando una y otra cosa, dije á Pelotillas:

—Puedes liar el petate; mañana nos vamos á Madrid.

Llegado que hubimos á la Corte, mandé cargar en un carruaje mi maleta, monté en él con Pelotillas y su lío, y dije al conductor:

—Llévanos á una casa de huéspedes barata.

Pelotillas, clavándome las uñas en el brazo, me replicó al oído:

—No, á la fonda más cara de Madrid. ¡Yo pago!

—¡Si no tienes una peseta!

—Déjame; verás, verás...

A los diez minutos nos apeábamos ante la verja del hotel de Roma y decía yo á mi compañero:

—Ya estamos en Madrid; á ti te toca ahora justificar en él nuestra presencia.

—Todo se andará, — repuso con aire de suficiencia Pelotillas.

Esto ocurría un martes de primavera por la mañana. El misterioso personaje pasó aquel día y el siguiente paseando, enterándose de cuanto á nuestra vista se ofrecía y comiendo á dos carrillos hasta sacar el vientre de mal año. Fijó principalmente su atención en

unos carteles muy vistosos que en las esquinas y otros públicos lugares anunciaban para la tarde del



jueves una corrida de toros extraordinaria, organizada por la Diputación provincial á beneficio de los pobres. Como á las diez de la mañana de dicho día acertáramos á pasar por la calle de Sevilla, donde hormigueaban, junto al despacho de billetes, multitud de revendedores y curiosos, me dijo Pelotillas:

—Toma dos localidades.

Y habiéndome yo acercado á un revendedor y pedídele dos tendidos sin numeración, repuso:

—¡No! Dos delanteras de grada.

—Muchacho, — no pude menos de replicar, — eso cuesta un ojo de la cara.

—No tengo, tú lo has dicho y es verdad, una peseta; tómalas, sin embargo, ya liquidaremos.

Obedecí, y aquella tarde fuimos á los toros. La plaza estaba de bote en bote; aturdía tanta algazara, mareaba tanto colorín. A cada toro que salía, animábase el semblante de Pelotillas y parecían saltársele los ojos siguiendo con interés indescriptible las peripecias de la brega. El quinto fué tan bravo y se revolvía con tal agilidad, que caballos y picadores volaban á su empuje como si tuvieran alas; dos banderilleros quedaron inutilizados, y cuando

el espada, pálido de emoción, cogió los trastos de matar, apenas tenía el bicho un araño. No obstante, fuese al toro el diestro; pero al segundo pase de muleta, arrollado y enganchado por la fiera, volaba como antes habían volado los caballos, y, malherido, era en brazos de sus compañeros retirado á la enfermería. No sé como describiros el aspecto que ofreció entonces la

plaza, ni la bronca que la mayor parte de cuantos la ocupaban armaron contra el presidente. — ¡No lo entiende usted, no lo entiende usted! ¡Que se vaya, que se vaya! — rugían en formidable coro, mientras la arena se cubría de cascotes de botellas, naranjas y otros proyectiles menos inofensivos.

—Ha llegado mi hora, esta es la ocasión,—murmuró en aquel momento Pelotillas.

Y siguió á estas palabras un suceso inaudito, incomprendible. Vi á mi compañero de grada levantarse y, antes que yo pudiera darme cuenta de ello, haciendo del antepecho estribo ó trampolín, lanzarse de un salto prodigioso hacia el vacío, dar repetidas volteretas en el aire y cruzar de esta manera por encima del tendido hasta ir á caer de pie á tres varas de distancia del irritable toro. Verle ésto y hacer por él fué todo uno; mas Pelotillas asió á la fiera de los cuernos, levantóla en vilo, como si de un juguete se tratara, y arrojándola con vigor lejos de sí, la estrelló contra la arena. ¿A qué describiros el tumulto y la confusión que esta proeza originó en la plaza? Nadie paró mientes en el resto de la corrida, que los ya mal llamados diestros acabaron de cualquier modo, y deshechos en aplausos, preguntas y comentarios, todos fijaron su atención en Pelotillas, el cual, llamado al palco del presidente, conferenció con éste largo rato. Yo entonces lo comprendí: mi protegido era un Hércules y un gimnasta capaz de dar quince y falta al mismo hijo de Júpiter y Alcmena, y había querido darse á conocer con todo el aparato que sus portentosas facultades requerían.

Aquella noche, en todo Madrid, no se hablaba sino de la increíble hazaña de Pelotillas, que á voz en grito pregonaban los vendedores de periódicos, y á la mañana siguiente, muy temprano, como el granizo llovían empresarios sobre el hotel de Roma, ofreciendo

al héroe de la víspera las más ventajosas proposiciones. Excuso deciros que eligió entre todas la mejor contrata; que, bien repletos los bolsillos, me obligó á tomar con creces cuanto en su obsequio había yo gastado, y que tras doce ó quince años de inverosímiles trabajos en todas las plazas y circos del viejo y del nuevo mundo, le tenéis hoy hecho un potentado en Villa Hercúlea, una soberbia quinta de su propiedad, situada en las márgenes del Arno.

Eduardo, el más incrédulo y arisco de los circunstantes, se encaró con el narrador, diciendo:

—¿Es esa la narración de cuya realidad salías tú garante?

—Y me afirmo en lo dicho todavía.

—Pues yo te digo que no tengo tantas tragaderas; que eso no pasa, no puede pasar en ninguna parte sino en los recónditos aposentos de tu imaginación calenturienta.

—¡Que no!

—¡No!

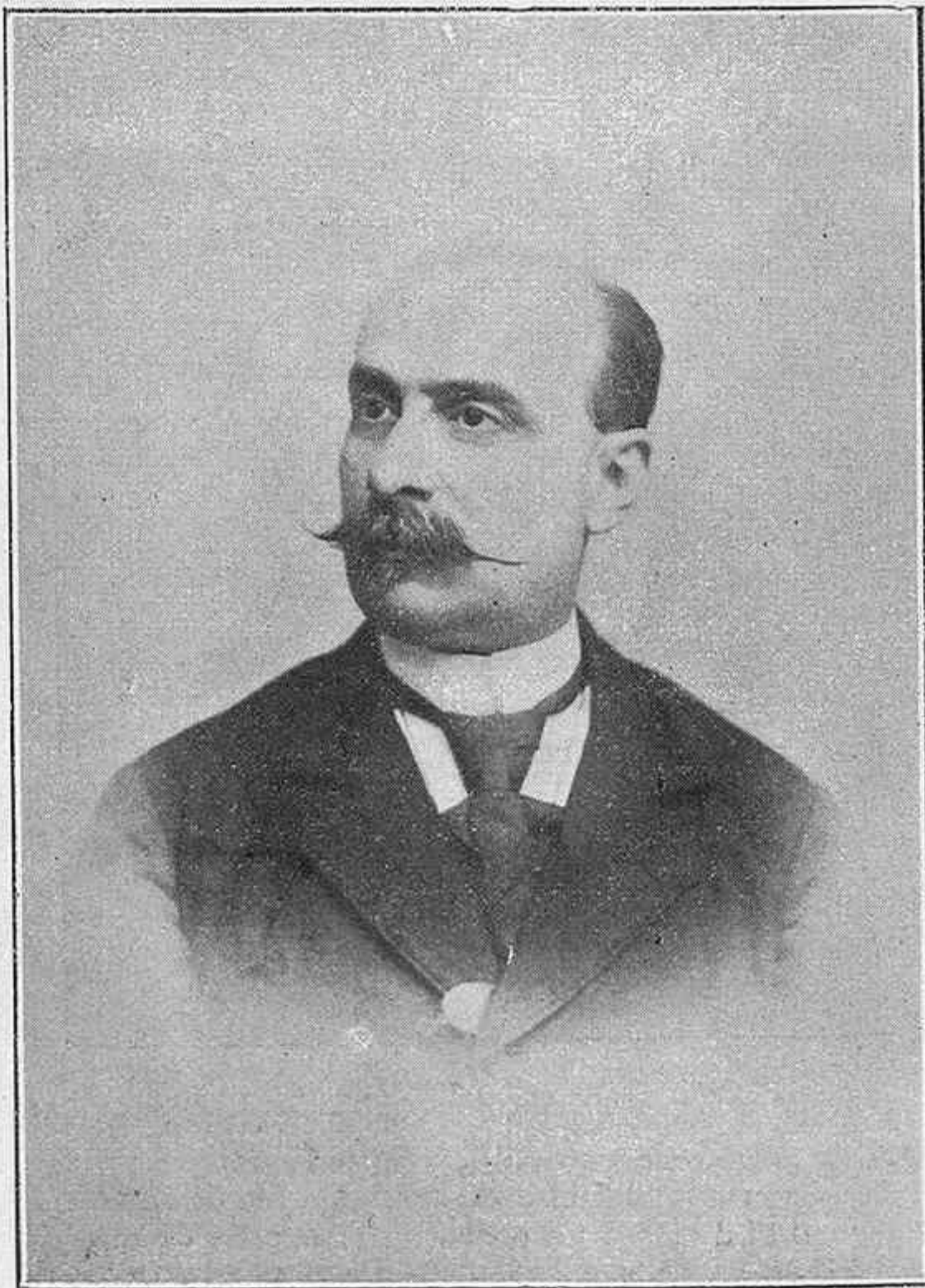
—Pues ¿qué otra cosa hace, metafóricamente hablando, tanto pelagatos como viene de provincias, salta desde su localidad social al redondel de la política, agarra de los cuernos al toro del país, le estrella contra la arena de la intriga y queda hecho un personaje que ni el soldán de Persia?

Antonio, que al proferir con calor estas palabras se había puesto en pie, volvió á caer en su silla, describiendo con el cuerpo un semicírculo y descargando sobre la mesa un puñetazo que hizo retemblar tazas y copas.

Todos nos echamos á reir, pensando que, si bien un tanto exagerada, no carecía de gracia ni de oportunidad la relación de nuestro amigo.

JUAN TOMÁS SALVANY

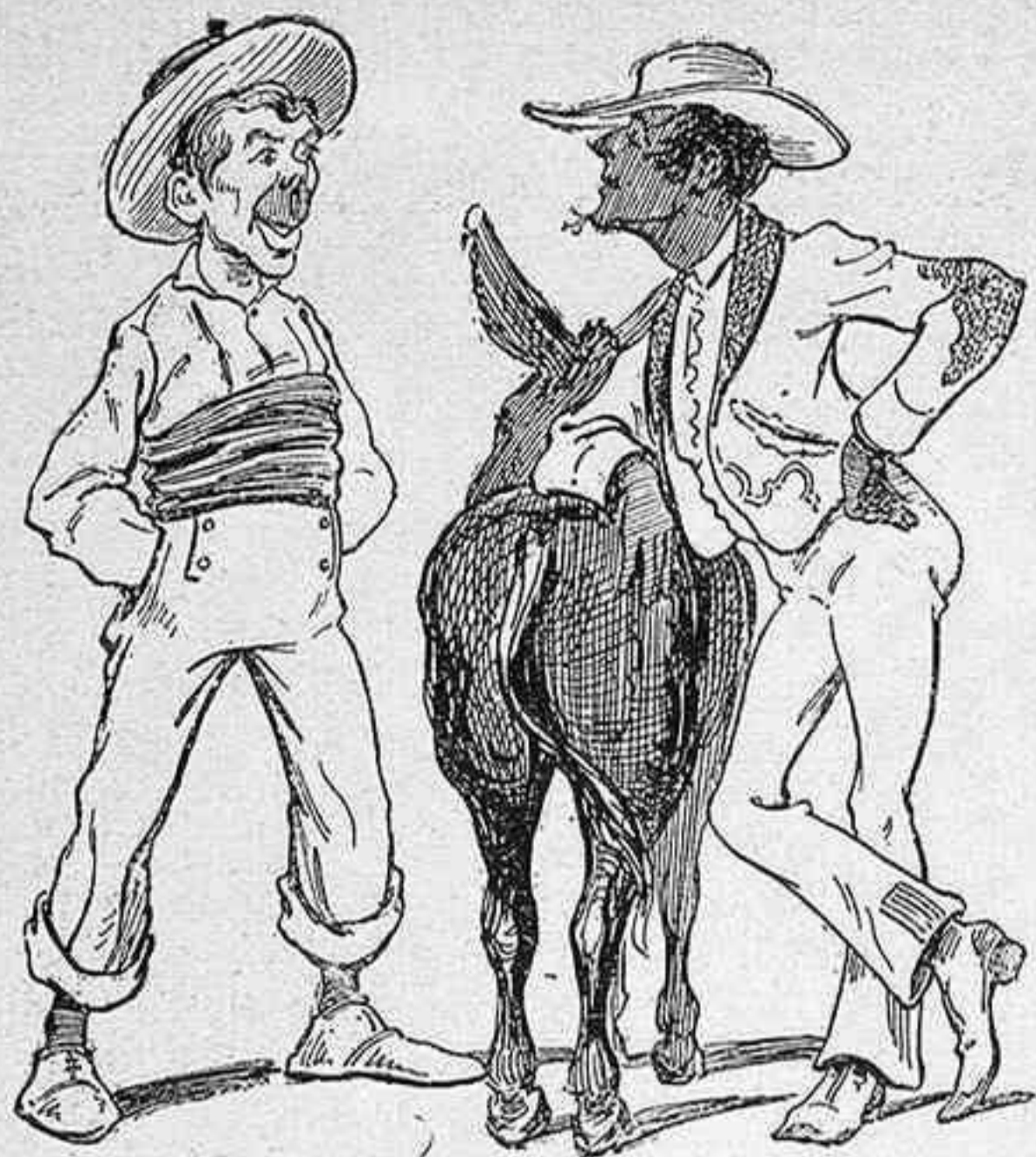
DE AQUÍ Y DE ALLÁ (NUESTROS COLABORADORES)



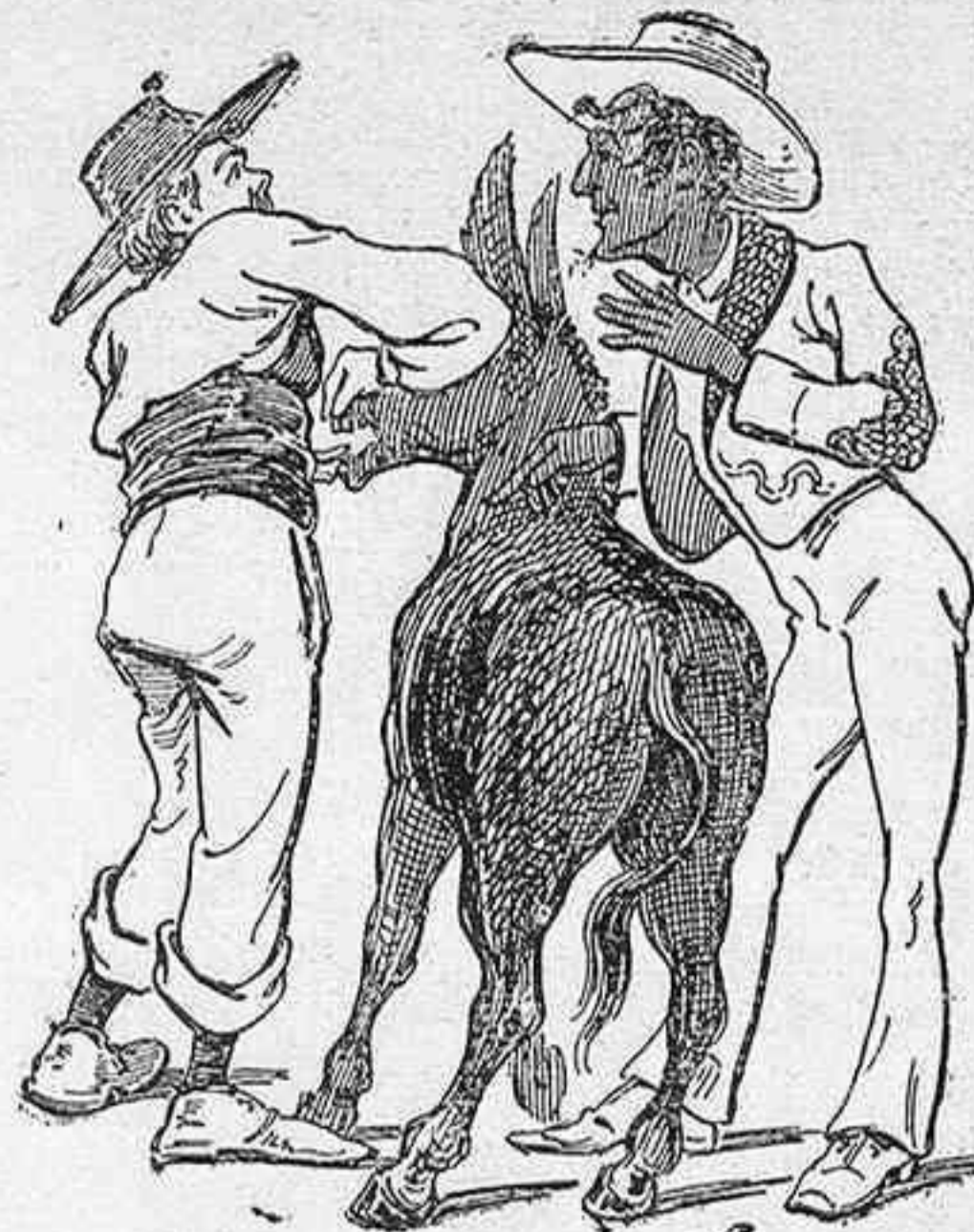
CARLOS CANO.—Laureado poeta español.



CASIMIRO PRIETO COSTA.—Notable escritor americano.



—Yo le compraría á usted esa borrica, pero, *mayormente*, no me agrada. Es negra y la querría blanca.



—*Mixte*, la *custión* de colores no la tenga *usté* en cuenta pa *ndá*. Yo le aseguro lo será antes de una hora.



—¡Diablo con el hombre! ¿Y cómo lo sabe *usté*?
—Mirando á las nubes.



El señor Juan paga regañando y se lleva la burra, con la condición de devolverla si no cambia de color.



Y satisfecho con la promesa se mete en la primera venta que halla en el camino, á tiempo que las nubes descargan un tremendo aguacero.

Fot.-Tip -Lit. del «Album Salón».



—¡Qué ve! Ya se ha cumplido la predicción del gitano. ¡Se ha vuelto blanca la burra! ¡Esta no es la mía!
—¡Qué ha de ser de *usté*! Si es la que me robaron á mí, que venía teñida y se le ha ido el color.



Cartel anunciador del «Teatro de la Alegría». — Londres.